

Tras 40 años de su edición en inglés se publica en castellano 'Leer', el gran clásico de la fotografía de André Kertész

El lector como animal doméstico

NÚRIA ESCUR
Barcelona

Lo han vuelto a hacer. Este binomio mágico –las editoriales Periférica y Errata Naturae–, después de éxitos como *Tú no eres como otras madres* (libro del año según el Gremio de Liberos de Madrid), ha unido fuerzas para publicar una pequeña joya. Se trata de *Leer*, de André Kertész, uno de los libros de fotografía más importantes del siglo XX, que, tras más de cuarenta años de su primera y celebrada edición en inglés, se publica –moderno y revelador– por primera vez en castellano.

Ha llegado a las librerías acompañado de un prólogo a cargo de Alberto Manguel (“esas imágenes del lector como animal doméstico”, sugiere) y una nota de Robert Gurbo, conservador de la obra de André Kertész (Budapest, 1894-Nueva York, 1985), este fotógrafo singular, uno de los más influyentes del siglo XX. “Este libro llega, irónicamente –manifiesta Gurbo– en un momento en que nos enfrentamos a la inquietante perspectiva de que los libros di-



Café del Dôme. A Kertész le divertía pasearse por las calles, observar y fotografiar desconocidos. “Soy algo voyeur y sé guardar secretos, pero no me gusta que los demás me conozcan del todo”. Esta imagen, que tituló *Una mañana de invierno*, la tomó en 1928 en París

leyendo tebeos. El fotógrafo encontró a este niño leyendo tebeos en una calle de Nueva York el 12 de octubre de 1944. Imagen que se reproduce en *Leer*, uno de los libros de fotografía más importantes del siglo XX y que hasta ahora no contaba con una edición en castellano

La lectura no tiene edad. Una anciana lee en su habitación del hospicio de Beaune en 1929. Entre 1915 y 1970 Kertész capturó lectores de todo el mundo. Cuando una imagen perdía lustro con los años, la retocaba con un lápiz blando del número 2 que siempre llevaba en el bolsillo



PATRIMOINE PHOTOGRAPHIQUE



giteles puedan adelantar un día a los impresos. Imágenes de personas transportadas a otro mundo en el proceso íntimo de abrir un libro o un periódico vuelven a imprimirse en el momento justo”.

Entre 1915 y 1970 André Kertész capturó imágenes de lectores de toda condición en momentos intensamente personales, en cualquier lugar del mundo y en cualquier espacio imaginable: azoteas, parques públicos, calles llenas, escuelas, teatros, cafés...

Un íntimo canto a la lectura. ¿Lo ejecutó tal vez en memoria

de su difunto padre, que había sido librero? Lo que se sabe es que Kertész, de familia judía, empezó a fotografiar a personas absortas en libros tan pronto como empezó a dedicarse a esta disciplina. Volvería a ese tema en París (se instaló en 1925 y dejó la ciudad en 1936 ante la ascensión del nazismo en Alemania), en Nueva York (donde cayó un tiempo en el olvido oficial) allí donde fuera, componiendo así una melodía fotográfica mundial. Setenta y tres años de carrera acompañado de sus “ayudantes”, desde su cámara de placas hasta la Polaroid SX-70.

Un íntimo canto a la lectura. ¿Lo ejecutó tal vez en memoria de su difunto padre, que había sido librero?

Un trabajo que, con los años, influenciaría a algunos de sus colegas como Steve McCurry –el famoso fotógrafo de Magnum, autor del retrato de *la niña afgana*–, que hace pocas semanas reconoció, en Barcelona, que su último proyecto (*Sobre la*

lectura, Phaidon) había nacido al ver la selección de fotos de personas leyendo que André Kertész había plasmado durante medio siglo; recogió esas imágenes en *El íntimo placer de leer*, publicado en 1971. McCurry se declaraba deudor de ese trabajo. A pesar de que su familia deseaba que trabajara como corredor de bolsa, André Kertész fue autodidacta y volcó toda su fuerza en sus primeros trabajos publicados en revistas.

“Bajo la doble influencia del dadaísmo temprano y del incipiente periodismo fotográfico, la cámara de André Kertész –ex-

plica Manguel– encontró en la realidad objetiva sus límites absurdos”.

Siempre fue un verso libre, murió considerando que su trabajo no había sido suficientemente valorado. A sus 29 años la Asociación de Fotógrafos Aficionados de Hungría le otorgó una medalla de plata por una de sus fotografías, pero con la condición de que esta debería ser impresa usando el proceso de bromoleotipia. Kertész rehusó utilizar este proceso, así que rechazó la medalla y aceptó sólo un diploma. La misma tozudez le acompañó toda la vida. ●